

## La herida abierta: los lenguajes del alma (filosofía, arte...)

I. El origen de la filosofía occidental tiene un fundamento religioso. Los primeros filósofos (Pitágoras, Parménides, Empédocles...) eran *iatromantes* y sacerdotes de Apolo (cf. Peter Kingsley: *En los oscuros lugares del saber*) que conducen a los iniciados hacia la sabiduría a través de ritos de incubación (entrada a otros estados de conciencia) y quietismo (silencio). Esta visión vertebraba el Poema chamánico de Parménides, texto mágico que nos relata un viaje iniciático para averiguar nuestros vínculos con lo divino y donde se vuelve a nacer, a ser un *kouros* (joven), un iniciado que ve la vida como un desafío que exige todo su vigor y pasión.

El viaje al inframundo es el que realizan los primeros filósofos: un viaje íntimamente vinculado con las tradiciones de la Italia meridional del siglo quinto antes de Cristo. Viaje emprendido al ámbito donde se encuentran todos los opuestos. Por eso, hallar la transparencia implicaba hacer frente a la más plena oscuridad. Atravesar la noche en dirección a lo que se encuentra al otro lado. Los primeros filósofos eran *phôlarchos* (Señores de la Guarida), *iatromantes* (“sanadores profetas” que dan voz a lo que no la tiene) y *ouliadêis* que sabían que la filosofía estaba vinculada con la sanación, con el deseo de ordenar la propia vida en todos los ámbitos posibles y ayudar a los demás a hacerlo. Utilizaban más de una técnica y, entre ellas, su propio lenguaje iniciático, de oráculos y acertijos, cuyas palabras eran semillas que había que absorber para que pudieran crecer y transformar la naturaleza del oyente; metamorfosis de muerte y renacimiento, donde cada vez se aprendía menos y se encontraba los recursos internos para descubrir las respuestas dentro de cada uno. Tal vez, por ello, la sabiduría exija todo lo que tú eres....

Esta visión sobre el origen de la filosofía pervive de manera subterránea, marginal y heterodoxamente, a lo largo de toda la historia del pensamiento occidental.

II. En la antigüedad la filosofía se consideraba una manera de vivir. La actitud filosófica no se situaba solamente en el ámbito del conocimiento sino que consistía en un proceso que nos hace mejores. Proceso vertebrado por ejercicios espirituales que lleva a los seres humanos a interrogarse sobre su propia conducta, a cuidar de ella y de sí mismos, en definitiva, a moldear y transformar su yo escogiendo reglas adecuadas de “vida buena”. Metamorfosis de la mirada obligándose a cambiar de punto de vista, de actitud, de convicción y, así, un dialogar con uno mismo -Antístenes nos dice que el provecho que obtiene de la filosofía será “el de poder conversar consigo mismo”- conlleva lucha interior (constante en toda práctica espiritual).

La filosofía como formación no radica en un camino de instrucción sino en una *vía para despertar*; forma vivida de sabiduría fundamentada en la *ataraxia* que lleva aparejada una *libertad interior* y esa conciencia cósmica<sup>1</sup> que considera *el universo una matriz plena de resonancias...* Todo esto se da en los “laboratorios experimentales” que eran las Escuelas morales de la Antigüedad; espacios de vida cuyo eje principal es *concentrarse en el presente* (Horacio). Un ejercicio de tal concentración es el

<sup>1</sup> “El ejercicio de la sabiduría comporta una dimensión cósmica. Mientras el hombre corriente ha perdido contacto con el mundo, dejando de percibirlo en tanto que mundo y considerándolo más bien como medio para satisfacer sus deseos, el sabio no cesa de tener el Todo siempre presente en su espíritu. Piensa y actúa según una perspectiva universal. Conoce así un sentimiento de pertenencia a un todo que desborda los límites de su individualidad” (P. Hadot.).

*pensamiento de la muerte*<sup>2</sup>. “Que la muerte se le presente cada día ante la vista y no será asaltado jamás por ningún pensamiento bajo ni deseo excesivo” (Epícteto).

Pensar en la muerte pasa a ser una actividad de concentración en el presente, en el valor infinito de cada instante. Vivir el presente nos pone en contacto con el cosmos entero (Marco Aurelio). Ejercicio de vida que toma conciencia del valor de la existencia descubriendo que tal vez sólo hace el bien -bien destilado por la interioridad, belleza de un bien como don de lo fértil, la salud de lo naciente...- el que pierde el miedo a la muerte. Sin embargo, el presente está ausente en la vida que llevamos: el cianuro de la impaciencia se vierte sobre mente y corazón y la prisa nos convierte en presas. Queda lejos vivir el momento no proyectándose al futuro ni aferrándose al pasado. “El hombre corriente, cuando emprende una cosa la echa a perder por tener prisa en terminarla” (Lao-Tsé).

Rasgo común a todo el que se encuentra inmerso en un proceso de creación personal es la atención al presente<sup>3</sup>. Para mirar tienes que estar aquí y casi siempre estamos en alguna otra parte. La concentración en el aquí y ahora que lleva aparejado el pensamiento sobre la muerte supone una actitud que exige total conversión de la *atención* (actitud espiritual fundamental para el platonismo y el estoicismo). La atención al instante -*prosoche*- es el secreto de los ejercicios espirituales. Atención para consigo mismo, vigilancia a cada instante como práctica continua de presencia divina que devuelve al hombre a su ser originario. Proceso que implica un dominio del pensamiento, una aceptación de la voluntad divina y una purificación de las intenciones en la relación con los demás<sup>4</sup>.

Otro elemento clave de la filosofía helenística es la no oposición al destino. Conscientes de que la vida nos la cambian sin permiso dicen un sí incondicional a la vida. La existencia como azar; la vida, milagro; algo único, divino y se ha de recibir con inmensa gratitud (epicúreos). Se sitúan en una perspectiva universal<sup>5</sup> para conformar los propios deseos, acciones y juicios al orden racional del Universo<sup>6</sup>. Se trata de una manera de vivir en concordancia con el “intelecto” creando realidad. De esta forma, el secreto de la serenidad de espíritu (*ataraxia*) es la entrega incondicional a lo inevitable<sup>7</sup>. Por lo tanto, si algo nos hace creadores es la capacidad de transformar las cosas, no soportarlas; transformación que conlleva una aceptación previa. “La filosofía antigua y de ella, todavía más, la estoica, es amarga medicina, vigilia y desvelo; despertar alguna verdad que pide todo nuestro valor”<sup>8</sup>.

Los *Pensamientos* de Marco Aurelio son notas que toma para sí mismo y lo hace porque experimenta cómo los hábitos y preocupaciones del vivir convierten el discurso filosófico en algo teórico, sin fuerza para impulsarlo a vivir. Esta obra es un ejemplo de

<sup>2</sup> Cf. Marco Aurelio: *Pensamientos*, en: *Los Estoicos*, Ediciones Ibéricas, Madrid, 1963, (6<sup>a</sup>), p. 141.

<sup>3</sup> Cf. *La sabiduría del sufismo*, J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 2010, p. 115: “El sufi es aquel cuyo pensamiento anda al mismo paso que su pie” (Abû Muhammad Murta’ish, citado por Hujwîrî).

<sup>4</sup> Cf. id., p. 161. Como afirma Rumi: “Cuando te hayas juzgado a ti mismo te despreocuparás de juzgar a los otros”.

<sup>5</sup> Cf. Marco Aurelio, o.c., p. 150.

<sup>6</sup> Las tres reglas estoicas enunciadas por Epícteto: Atreverse a ver la realidad tal y como es; actuar en beneficio de los demás, tener conciencia de formar parte del Cosmos aceptando serenamente el dictado del destino.

<sup>7</sup> Cf. Zambrano, M<sup>a</sup>: *El pensamiento vivo de Séneca*, Cátedra, Madrid, 1992, (2<sup>a</sup>), p. 44.

<sup>8</sup> Id., p. 16.

mediación entre vida y pensamiento, al igual que las *Cartas a Lucilio*<sup>9</sup> de Séneca. Obras de un saber sutil, un saber acerca de las entrañas, un saber del tiempo<sup>10</sup> como cifra del desamparo. Descubrir el tiempo tiene algo de caída que sólo acontece “en un especial estado de angustia, desengaño o vacío”<sup>11</sup>. Salir de esta situación sólo se logra a través de una acción, de un acto verdadero, originario y todo éxtasis lo es.

El modelo ideal del filósofo: el sabio, ser “madurado para la muerte” (Séneca) que no pretende conocer por conocer sino para saber vivir y morir. En él lo aprendido adquiere alma, es alimento por tanto. De esta manera, una de las cualidades esenciales de este modelo es el amor hacia los hombres rescatándoles de la superstición y pasiones y haciéndoles ver que no se han de olvidar de la libertad<sup>12</sup>. El sabio es el hombre libre, sin miedo (el miedo origina desconexión). Su libertad interior es una constante en la filosofía griega: la necesidad de erigir una ciudadela alrededor de uno mismo que sea la fuente de donde brota una bondad como instinto<sup>13</sup>. El fin de toda acción es el bien de la comunidad humana, el servicio al prójimo. El conocer sin acción no es conocimiento. Acción iluminada que tiene presente los dos acordes del corazón humano: la profundidad del cielo y la de la tierra.

La filosofía como forma de vida implica comprender lo que uno necesita y para esto es necesario un viaje iniciático sin distancia donde el tesoro se presenta en forma de búsqueda hasta que el universo se revela en forma de hallazgo. Y cuando esto sucede no se expresa en palabras sino que se revela en la acción.

Ahora bien, siempre hay que tener presente a Platón o bien a Aristóteles cuando decían que sólo Dios es sabio y el hombre no podía ser sino filósofo, amigo de la sabiduría, en busca de la sabiduría. Una búsqueda que supone ir leyendo el libro que cada uno es. Tarea nada fácil porque, como dice Anthony de Mello, al igual que la tradición jasídica, “cada minuto del día supone una nueva edición del libro”.

La sabiduría no consiste en saber mucho de una sola cosa sino entender las relaciones sutiles entre lo vivido y lo imaginado rompiendo la dura corteza de hábitos y prejuicios y dando a luz un conocimiento pasivo, un entender con las entrañas, un pensamiento vivo donde el conocimiento no quita la pasión, donde se piensa con todo nuestro ser (cuerpo, alma, espíritu). Conocer que nace en instantes de gran peligro, momentos donde no se requiere un hablar de, sino un estar allí, un ser ahí capaz de una acción que logre libertad.

Para el sabio la mayor desgracia es cometer una falta moral (depende de nuestra elección). No hay otro mal que el mal moral (injusticia, explotación del hombre por el hombre). Bien o mal no existen para el sabio helénico más que en el pensamiento y en la voluntad del hombre, no en las cosas. Todo lo que no dependa de nuestra elección no es un mal y por lo tanto, no debe turbarnos. Enfermedades, catástrofes no forman parte del orden del mundo, sino que son consecuencia del desarrollo necesario de los

---

<sup>9</sup> Cf. id., p. 25.

<sup>10</sup> Cf. id., p. 41.

<sup>11</sup> Id., p. 40.

<sup>12</sup> Como dice Tarkovski: “La gran cuestión del hombre mientras vive es cómo quiere emplear su libertad”. Cf. Rafael Llano: *Andrei Tarkovski. Vida y obra*, Instituto valenciano de cinematografía, Valencia, 2003, tomo II, p. 468.

<sup>13</sup> Según Pierre Hadot, ningún filósofo supera en esta forma de concebir la bondad a Marco Aurelio.

acontecimientos del universo que hay que aceptar si no queda otra y que se convierte en bienes o males según nuestra actitud hacia ellos. “Hay que tratar las catástrofes como molestias y jamás las molestias como catástrofes” (A. Maurois), pues “la felicidad no depende de acontecimientos externos, sino de cómo los consideremos” (Tolstoi). Para lograr libertad es fundamental el conocimiento otorgado por la adversidad y si no las palabras de Sócrates: “pueden matarme, pero no pueden hacerme daño”.

III. El objetivo de la filosofía antigua era obtener el esplendor de las personas y la pregunta que nos plantea Pierre Hadot en estos tiempos que sólo parecen querer el perfeccionamiento de las cosas y no de los seres humanos es: ¿no constituirá la verdadera función de la filosofía proporcionarnos una forma de percepción más completa de la realidad por medio de cierto desplazamiento de la atención?<sup>14</sup> Arte de vivir imantado en la atención; experiencia interna que escapa a la teorización. Conviene no olvidar que a veces la experiencia es ceniza que cree saber del pasaje del fuego, materia inconsistente que lo mejor que tiene es el silencio. “Sabiduría silenciosa”; terapéutica que no instruye sino despierta, sugiere al asumir que lo real sea tal vez incomunicable. “Palabra verdadera liberada del lenguaje” (Zambrano): raíz iluminativa que emerge cuando el ser humano se estremece. “Solamente el alma conmovida puede hablar en un lenguaje por encima de lo vulgar, cuando despreciando pensamientos vulgares y usados, fía en la inspiración sagrada” (Séneca).

Palabras que expresan el silencio no el pensamiento y donde el conocer es un saborear y cuando se saborea se habla por rodeos, aproximaciones, como tanteando el corazón de lo degustado ya que un sabor no puede ser nombrado sino sólo vivido, bebido, devorado... Poder terapéutico de palabras creadoras, germinales, perdidas y que dilatan al encontrarse en las antípodas de una razón instrumental, dialéctica<sup>15</sup>.

Tales palabras se encuentran en textos de filosofía antigua; estos textos recogen siempre “en mayor o menor medida los ecos de la enseñanza oral; y es que para los filósofos de la antigüedad las frases, palabras y reflexiones no tenían como objetivo principal la transmisión de una información, sino producir cierto efecto psíquico en el lector u oyente, teniendo siempre en cuenta por lo demás y de la manera más pedagógica las capacidades de cada auditorio”<sup>16</sup>. O bien “cuando se aborda un texto filosófico de la Antigüedad hay que pensar siempre en la idea de progreso espiritual”<sup>17</sup>. Todo esto nos puede chocar porque se lee tanto que se ignora cómo poder encontrar tiempo para saber algo. Nos pasamos la vida leyendo, pero en realidad no sabemos leer, es decir, detenernos, liberarnos de nuestras preocupaciones, replegarnos sobre nosotros mismos, dejando de lado toda búsqueda de utilidad y originalidad, meditando tranquilamente, dando vueltas en nuestra mente a los textos, permitiendo que nos hablen. Sin atención, sin presente, habría que decir: no tengo tiempo de tener prisa.

Palabras liberadas del pensamiento -matrices de todo lo creador- que hacen que uno vea por primera vez lo que siempre has estado mirando en ese viaje sin distancias

<sup>14</sup> Hadot, Pierre: *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*, Siruela, Madrid, 2006, p. 287.

<sup>15</sup> Zambrano realizará una crítica a la racionalidad limitadora que organiza y domestica el mundo tan perfectamente que ya no somos capaces de sentirlo, saborearlo, verlo. Racionalidad que sabe cuánto hay que saber acerca de la realidad pero que ni siquiera sospecha de la existencia de ésta. Su mundo es una construcción mental: la realidad no es lo que es, sino lo que nosotros hemos decidido que sea.

<sup>16</sup> Hadot, P.: *Ejercicios espirituales...*, o.c., pp. 306-307.

<sup>17</sup> Id., p. 225.

donde se percibe cómo en cada instante de lo vivido hay una mezcla de razón y sinrazón, de orden y desorden. El genio creador (*poiesis*) sabrá encontrar ese punto de equilibrio, ese saber moverse entre la relatividad sin descanso que es la vida humana no olvidando los claros del bosque...

“Uno no debe aproximarse al arte por medio de la razón y el entendimiento, sino por medio del alma, por medio de la experiencia. La razón y el entendimiento han de encontrarse en el arsenal de todo artista bien preparado..., pero esto no significa que deba trabajar de acuerdo con la teoría... Para que el arte se mantenga vivo, tiene que existir siempre una x... Yo... teorizó un montón; pero nunca pienso teóricamente cuando estoy pintando”<sup>18</sup>.

“El pensamiento vivo ha de pasar inevitablemente por un estado, diríase... de demencia, y desembocar después... no en la cordura... sino en la sabiduría, es decir, en esa locura superada que viene a ser la sabiduría, o... la verdad, la posible verdad”<sup>19</sup>.

María del Carmen Piñas Saura

---

<sup>18</sup> Vasili Kandinsky, citado por R. Llano, o.c., t., I, p. 236).

<sup>19</sup> Gaya, R. *Obras completas*, t. III, Pre-textos, Valencia, 1994, p. 78.